

José Enrique Covarrubias

*Visión extranjera de México, 1840-1867*

*1. El estudio de las costumbres  
y de la situación social*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas/  
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis  
Mora

1998

184 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 31)

ISBN 968-36-6781-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 28 de septiembre de 2017

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/vision\\_extranjera/345.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/vision_extranjera/345.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## VI. NICETO DE ZAMACOIS

Posiblemente llamará la atención de algunos lectores que se incluya en esta reseña sociológica a Niceto de Zamacois, el autor de la monumental *Historia de Méjico*,<sup>1</sup> la historia general más voluminosa que se haya escrito sobre este país. Dado el hábito de ver a Zamacois ante todo como historiador político y representante consumado de la historiografía conservadora, un estudio de su vertiente sociológica se dispara del tratamiento habitual. No debemos olvidar, sin embargo, que este inmigrante vasco fue autor de varias novelas dedicadas a la situación social y que su *Historia* contiene información y reflexión muy amplias sobre la misma. La obra de Zamacois es tan rica que todavía se muestra susceptible de ser analizada desde perspectivas muy variadas, entre las que destaca precisamente la sociológica.

De resaltar es que la índole sociológica de la *Historia* de Zamacois se revela por las mismas intenciones con que fue escrita.<sup>2</sup> Además de ofrecer la ansiada historia general del país que desde tiempo atrás se extrañaba, este autor español se propone rebatir las versiones sobre la sociedad mexicana difundidas en Europa por el abate Domenech y otros autores involucrados en la empresa de intervención, como el conde de Kératry<sup>3</sup> y el príncipe Salm-Salm.<sup>4</sup> La intención de estos escritores, sostiene Zamacois, ha sido la de presentar a un pueblo mexicano sumido en un estado social ingobernable y proclive a las revoluciones, al que cabe achacar el fracaso del gobierno de Maximiliano.<sup>5</sup> Se trata, pues, de una especie de campaña de distorsión y difamación del país con ecos mundiales. En contrapartida, el vasco presentará el verdadero marco social de los hechos, a lo que se siente autorizado por su convivencia de

<sup>1</sup> *Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*, XVIII t., Barcelona/México, J. F. Parres y Compañía, 1876-1882.

<sup>2</sup> Intenciones expresadas en sus inicios, cuando este autor sostiene que en la historia no hay efecto sin causa y que su estudio debe abarcar por tanto la filosófica relación que une a los siglos entre sí, como en una cadena progresiva "cuyos eslabones constituyen el armónico conjunto de los adelantos sociales" (I, p. VII).

<sup>3</sup> Autor de *L'élévation et la chute de l'empereur Maximilien. Intervention française au Mexique, 1861-1867*, Paris, Librairie Internationale, 1867.

<sup>4</sup> Cuyo escrito es *My diary in Mexico in 1867, including the last days of the emperor Maximilian*, London, Richard Bentley, 1868.

<sup>5</sup> Una excepción la constituiría Albert Hans, autor del libro *Querétaro. Souvenirs d'un officier de l'empereur Maximilien*, publicado en París en 1869. Según Zamacois, Hans juzga con justicia a los mexicanos (*Historia*, XVIII, p. 1768 y 1769).

décadas con la sociedad mexicana, más amplia que la de cualquiera de los autores mencionados.

La existencia de la literatura europea contemporánea sobre México representa, pues, una preocupación constante de Zamacois al escribir su *Historia*:

México ha tenido la desgracia de haber sido juzgado con desfavorable prevención por algunos escritores extranjeros, contrastando su proceder con el juicioso y recto del sabio viajero alemán Alejandro de Humboldt, que dejó en su excelente obra *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* un monumento digno que eternizará su nombre.<sup>6</sup>

Hay que aclarar, sin embargo, que no solamente se trata aquí de reivindicar a México, su sociedad y su cultura ante las incomprensiones de otros autores de procedencia extranjera. También constatamos en Zamacois la intención sistemática de explicar las secuencias históricas del país en función del carácter nacional. Imposible entender el estallido de las guerras de reforma, por ejemplo, sin tomar en cuenta la generalizada repugnancia mexicana a la libertad de cultos.<sup>7</sup> Este tipo de afirmaciones delatan el apoyo sociológico a un relato histórico en el que las alusiones al carácter y a las formas de sociabilidad son frecuentes, además de una elucidación de causas sociales que no es tan común en otros relatos históricos de esos años. Esto justifica del todo la inclusión de Zamacois en la presente reseña de observación social por inmigrantes extranjeros del siglo XIX.

Antes de precisar un poco el ensamblaje de perspectiva histórica y sociológica constatable en la *Historia* de Zamacois, resulta indispensable una breve introducción biográfica sobre el autor.<sup>8</sup>

Niceto de Zamacois nació en Bilbao, Vizcaya, en 1820, en el seno de una familia de cirqueros y artistas. Se trasladó a México en 1840, donde se casó en 1843 con una mujer mexicana. Establecido en este país, la principal actividad de Zamacois fue periodística y literaria, la que

<sup>6</sup> Zamacois, *Historia de Méjico*, XVIII, p. 771.

<sup>7</sup> *Ibid.*, XIV, p. 521, entre otros muchos pasajes de este volumen en que afirma lo mismo.

<sup>8</sup> El estudio más amplio sobre la vida y obra de Zamacois es el de Judith de la Torre, "Niceto de Zamacois y la búsqueda de la reconciliación de la sociedad mexicana", tesis de licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela de Estudios Profesionales Acatlán, 1990. En el análisis relativo a Zamacois en *Historiografía mexicana. IV. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884* (coordinación general Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo; coordinación del volumen Antonia Pi-Suñer Llorens), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1996, p. 549-553, la misma Judith de la Torre ofrece un resumen biográfico del personaje.

le permitió conocer bien a los hombres mexicanos de letras y ganarse su aprecio. Hacia 1857, en los momentos más difíciles de la confrontación política entre los partidos de México, este vasco decidió retornar a España, donde continuó su ejercicio intelectual, siempre orientado a fomentar la mutua comprensión entre mexicanos y españoles. Alrededor de 1860 volvió a México para continuar su profesión periodística, cada vez más caracterizada por el conservadurismo católico. En 1873 se trasladó nuevamente a España con el fin de redactar y editar su *Historia de Méjico*, difundida en este último país desde 1883, cuando retornó al mismo. Zamacois murió en la ciudad de México en 1885, contento de haber repartido su vida entre España y el país de su esposa e hijos.

Como literato, Zamacois escribió poesía, novela y ensayo. Entre sus novelas, de orientación romántica y costumbrista, destacan *El capitán Rossi* (1859) y *El mendigo* (1852). *Ecos de mi lira* (1849) es un ejemplo de su producción poética. Los capítulos dedicados a las figuras de la casera y el criado en *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1855), así como el texto de “La plaza de San Juan” de *Méjico y sus alrededores* (1855), se cuentan entre sus aportaciones más famosas de descripción y reflexión costumbrista. A lo anterior cabe añadir algunos escritos de índole religiosa, como *Salud del alma* (1851), que dejan constancia de su intenso apego al catolicismo. Si bien Zamacois colaboró principalmente en periódicos conservadores, ello no impidió que se le invitase a escribir también en publicaciones liberales como *El Monitor Republicano*, lo que prueba ese aprecio que había conseguido entre los escritores mexicanos.

La personalidad de Zamacois, tal como se revela por sus escritos y su misma vida, era la de un hombre tolerante y liberal, convencido de la posibilidad de conjugar la profesión de fe católica con el liberalismo político y económico. Nada le disgustaba tanto como las posiciones extremas y el desconocimiento de la honorabilidad esencial del ser humano. Residente en México durante años de intensa hispanofobia (artificialmente creada, según él), su capacidad de hacerse querer y respetar en este país no es algo que se pueda menospreciar; lo mismo que su esfuerzo para realizar un estudio histórico de las dimensiones de la *Historia de Méjico*. La buena disposición de ánimo y la capacidad de trabajo de Zamacois eran sencillamente impresionantes.

Ahora bien, tenemos a un autor que es ante todo historiador y cuya observación social está orientada a conseguir una mejor comprensión histórica, de lo que resulta obvio que el análisis de su aportación no puede ser igual al practicado con los autores previos. Punto de partida obligado para abordarlo es, por supuesto, una presentación sumaria de su concepción, temas y métodos históricos, en suma, de su perfil historiográfico. Por consiguiente, primeramente emprenderé la consideración

historiográfica de su obra, condición necesaria para poder tratar después sobre su observación y reflexión sociales.

Buena introducción a la concepción del quehacer histórico del vasco, asunto por el que debemos comenzar, lo brinda él mismo en el siguiente pasaje de su *Historia*:

Justo es presentar al lado de los defectos de todo hombre, las bellas cualidades que lo adornan. El historiador no debe lisonjear las pasiones políticas ni de los adictos ni de los contrarios a un individuo, sino presentar a éste con los lunares y bellezas que le eran propias. El que estas líneas escribe no tiene odios ni lisonjas para nadie: pinta con exactitud los actos de cada gobernante, para que el lector pueda juzgarles desapasionadamente, y la posteridad les coloque en el lugar que les corresponde.<sup>9</sup>

Se trata de una concepción muy característica de la segunda mitad del siglo XIX, atendida a una supuesta objetividad absoluta de la indagación histórica. El historiador se concibe a sí mismo como una persona capaz de trascender las pasiones políticas y personales, enfrascada en una relación exactísima de situaciones y acciones. El pasaje también revela la dimensión política del relato histórico: la atención se dirige fundamentalmente a las secuencias de los gobiernos y a los hechos que revelan la calidad personal de los gobernantes, en la idea de dar los elementos necesarios para que un mítico “tribunal de la historia” juzgue a los actores y sus hechos.

El principio de exactitud y desapasionamiento revela la adhesión de Zamacois a una orientación historiográfica típica de su momento. El vasco asume en principio que un estudio y un cotejo exhaustivos de documentos garantizan la independencia de criterio necesaria para acceder a la objetividad histórica.<sup>10</sup> Sin embargo, existe un aspecto en el que su investigación histórica contrasta con esa corriente positivista adoradora del documento, al grado de significar una divergencia importante frente a ella: su aplicación de los principios del derecho natural a la comprensión de las conductas. Examinar esta aplicación nos dejará ver presupuestos e intenciones fundamentales del historiador Zamacois.

Como se sabe, los pensadores del derecho natural subrayan exigencias éticas tan básicas y universales como el derecho a la vida, a la propiedad, a la seguridad y a formar familia propia, al tiempo que advier-

<sup>9</sup> Zamacois, *op. cit.*, XIII, p. 726-727.

<sup>10</sup> Un criterio que, como se sabe, sería cuestionado posteriormente por la escuela historicista. Edmundo O’Gorman ha emprendido esta crítica en México.

ten sobre la inevitable crisis política que resulta de la desatención de esas exigencias. Pues bien, Zamacois procede en varios casos tomando muy en cuenta si las acciones estudiadas han tenido lugar en un contexto de amenaza a la vida o la propiedad, que de ser afirmativo implica que el comportamiento de esos sujetos ha de ser evaluado con un criterio más amplio que el que sólo se atiende a lo dicho por el documento. Como ejemplo puedo poner su renuencia a aceptar la versión difundida de que el general Leonardo Márquez alargó la resistencia de la guarnición capitalina en 1867 (bajo el sitio de los liberales), por mera indiferencia al derramamiento de sangre que ello acarrearía. Según Zamacois, la verdadera causa fue que este militar tenía plena conciencia de que su captura significaría su ejecución inmediata, lo que le impelía a cualquier medio para evitar la aprehensión.<sup>11</sup> Todo ser humano haría lo mismo en esas circunstancias. Sobre bases similares razona Zamacois cuando declara legítimo el impulso independentista novohispano, que considera semejante a la emancipación de un hijo ya maduro de la tutela paterna.<sup>12</sup>

La objetividad histórica postulada por Zamacois no significa, pues, exclusión de la empatía o identificación comprensiva con los sujetos históricos, caso que sí se da con el positivismo histórico extremo, limitado a la información de los documentos. Pero, más allá de esto, este historiador destaca por resolver en esa misma vena algunas cuestiones metodológicas importantes, como el problema de escoger entre diversas explicaciones contradictorias sobre un mismo hecho o acción. Tal problema se le presenta cuando trata de saber quién fue el verdadero autor del famoso decreto del 3 de octubre de 1865, aquel que dispuso implacablemente la muerte de los adversarios del imperio. En este caso concede especial credibilidad a las declaraciones formuladas por Maximiliano durante su juicio en Querétaro, pues se trata de la confesión de quien sabe que cualquier mentira o simulación descubierta le restará posibilidades de sobrevivir.<sup>13</sup>

Esta modalidad de argumentación e indagación históricas *jusnaturalistas* no se puede desligar de la tradición hispánica de invocar la razón natural al momento de entender la historia.<sup>14</sup> Respecto de las acciones humanas esa razón nos dice que ningún principio tiene efectos tan decisivos como el de preservar la propia honra. Nadie sacrifica

<sup>11</sup> Zamacois, *op. cit.*, xviii, p. 1625-1632.

<sup>12</sup> *Ibid.*, x, p. 904-905.

<sup>13</sup> Es entonces que Maximiliano deja en claro que no fue él sino el mando francés el que dispuso el contenido de ese decreto. *Ibid.*, xviii, p. 190.

<sup>14</sup> Y Zamacois invoca explícitamente esa razón. *Ibid.*, xviii, p. 746-747.

voluntariamente ésta si no es por algún deseo extremo de venganza, la búsqueda de riqueza o el afán de salvar la vida.<sup>15</sup> La *Historia* de Zamacois abunda en constataciones sobre la importancia del principio del honor para entender las acciones de los personajes históricos, y de hecho la gran conclusión de la obra, en cuanto a la conducta del pueblo mexicano, es que éste se ha conducido siempre en forma honorable. Particularmente importante le parece también, como historiador, hacer justicia a los conservadores mexicanos, acusados de deslealtad con Maximiliano. Su honor y heroísmo fueron comparables a los de éste.<sup>16</sup>

De esta manera, la gran preocupación de Zamacois, por lo que toca a la comprensión histórica, es demostrar la existencia de ese honor como principio de la conducta mexicana en general, y esto tanto en lo individual como en lo social. La sociedad mexicana se mueve por principios de sociabilidad tan honorables como los de cualquier otra, si no es que más en ciertos aspectos. La cadena de revoluciones y asonadas se ha debido a que en México la vida política llegó a estar a merced de grupúsculos ambiciosos, cuya cínica búsqueda del poder no los arredró de crear intolerables situaciones de injusticia, muy distintas de las que la sociedad habría escogido por sí misma. El mexicano es el pueblo más dócil, inofensivo y afectuoso que pensarse pueda, invariablemente renuente a ofender salvo cuando la gente inquieta lo incita a ello;<sup>17</sup> el carácter mexicano es dulce, lo que se explica, por cierto, por el clima pródigo que le facilita la satisfacción de sus requerimientos básicos.<sup>18</sup>

Puestas así las cosas, surge el interrogante sobre por qué estos grupos de ambiciosos han logrado erigirse en señores del escenario político mexicano, al grado de no permitir que la mayoría apacible impregne con su suave índole el ejercicio gubernativo y administrativo. ¿Cómo un vicio en una esfera tan específica puede condicionar a tal grado a la entidad social completa? A este interrogante responde sólo gradual-

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 747-748. Zamacois formula estas tres hipótesis sobre la causa de que Bazaine pudiera haber estado dispuesto a ceder su poder en algún momento a Porfirio Díaz y no a Maximiliano, a quien el militar francés debía entregárselo por honorabilidad elemental cuando se retiraba a Europa.

<sup>16</sup> Comentarios elogiosos sobre personajes e intenciones del partido conservador, por ejemplo. *Ibid.*, xiv, p. 343-344 y xvii, p. 895-896.

<sup>17</sup> *Ibid.*, xiv, p. 446. En su novela de descripción social, *El mendigo*, Zamacois abre una digresión en la trama para explicar que el pueblo mexicano es ciertamente valiente y pendenciero ante el más mínimo insulto o cualquier muestra de desprecio. Esto no significa, sin embargo, que mate, insulte o se entrometa gratuitamente con los transeúntes pacíficos. Asegura haber transitado por los barrios más miserables de la capital sin haber sufrido nunca agresión alguna. Véase *El mendigo (regalo del Imparcial)*, México, Tipografía del Imparcial, 1907, II, p. 34.

<sup>18</sup> *Ibid.*, xiii, p. 449.

mente Zamacois a lo largo de su narración histórica, soltando aquí y allá observaciones agudas que revelan la secuencia de esa fatal dinámica que ha ahogado el ansia de justicia de la población. Cuáles son las fases de esa secuencia es algo que se verá en el apartado siguiente. Por lo pronto dejo en claro que la sociología contenida en la *Historia* de Zamacois está enfocada ante todo a una contradicción aparentemente insalvable entre el carácter de los mexicanos y las tendencias prevalentes en su esfera política.

El presente abordaje de la problematización sociológica de Zamacois ganará en sustancia al trazar su periodización de la historia del México independiente (1821-1867). Si bien esta periodización quedará establecida por mí, su justificación será el material ofrecido por el vasco en su *Historia*. Como se trata de un relato histórico cuyo eje vertebral es el acontecer político, a nadie podrá sorprender que los criterios de esta periodización se normen por una secuencia política.

El primer periodo es el de 1821 a 1836, es decir, los años cubiertos por el primer régimen imperial y el primero federal. Para Zamacois lo definitivo de este periodo es el hecho de que la independencia mexicana no se concretó sobre su justificación más natural y evidente, el derecho a la emancipación del cuidado paternal de los peninsulares, sino como una reacción ciega contra un supuesto derecho de conquista al que se atribuía el dominio español en América. Como la empresa de separación política partía de un juicio errado sobre los hechos fundamentales de la historia de México,<sup>19</sup> sus resultados concretos no podían ser afortunados. Renegar de la herencia española y cimentar los propios proyectos en realidades ajenas a ésta no podía sino llevar a la aguda conflictividad política que comenzó a aquejar a la república desde sus primeros años.

El segundo periodo abarca de 1836 a 1856, pues está inaugurado con la instauración de un régimen centralista y cerrado por la promulgación de una Constitución liberal que sanciona la venta de los bienes del clero y de manos muertas, así como la libertad de cultos en el país. La práctica revolucionaria adquiere un carácter diferente respecto del primer periodo. Pasaje fundamental que señala la diferencia es éste, en que Zamacois explica la dinámica de las nuevas revoluciones:

<sup>19</sup> Para Zamacois la colonización española de América no resultó de una conquista propiamente dicha sino de una alianza entre los españoles y los indios rebeldes al poder imperial azteca.



ninguno de los que subían al poder escudaba lo que la prudencia aconsejaba, ni nadie se ocupó en reformar el código fundamental, ni en enmendar sus imperfecciones, ni en llenar el vacío que en él dejaban sus autores. Todo lo contrario: cada partido disputó sin tregua los puestos públicos, trató de desconceptuar lo hecho por el anterior y ensayando sistema tras de sistema, desacreditaron todos los principios, rompieron la unión, consiguiendo con esto que reinase el mayor desconcierto de opiniones acerca de la forma de gobierno que convenía al país. El golpe a la primera Constitución fue la raíz de todos los males posteriores: de aquí el que quedase establecido que cada revolucionario dirigiese sus tiros, no solamente a los que empuñaban las riendas del poder, sino también a cada Constitución proclamada. A ningún partido le faltaban pretextos para destruir lo existente, y de aquí que en México se hallaba por resolver el problema más arduo: la formación de un código fundamental.<sup>20</sup>

La falta total de respeto a la Constitución caracteriza al periodo medio de la historia del México independiente frente al previo, en que se palpaban ya ciertos males pero no este impulso al caos legislativo. Sin embargo, en este tramo de la historia nacional ocurre también una participación esporádica pero efectiva de la sociedad en los procesos políticos. Baste mencionar la revolución de 1844, que terminó con el poder de Santa Anna, cuya turbiedad en los manejos públicos hartó de tal manera a la opinión pública que ésta se decidió a derrocarlo.<sup>21</sup> Significativamente, la movilización ciudadana contra el general se dio con base en la misma Constitución recién promulgada por éste, las llamadas Bases Orgánicas de 1843, lo que apoya la tesis del vasco en el sentido de que el mexicano no es un pueblo irrefrenable por naturaleza o reacio al respeto a la ley. Zamacois recalca también el ánimo patriótico exhibido por los mexicanos ante la invasión estadounidense de 1847-1848, de lo que no exceptúa al propio Santa Anna.<sup>22</sup> La serie de asonadas del periodo no ahogó los sanos sentimientos que aún movían al todo social.

La tercera etapa de la historia independiente comprende el periodo de 1856 a 1867, en que las revoluciones ocurren ya no sólo por desapego a las leyes fundamentales, sino por lo que Zamacois considera la más profunda herida social que quepa imaginar: las diferencias religiosas. Con la promulgación de la Ley Lerdo inició esta situación que vino a cimbrar a la entidad social entera como nunca antes había suce-

<sup>20</sup> *Ibid.*, XII, p. 407-408.

<sup>21</sup> *Ibid.*, XII, p. 341; XVIII, p. 1512.

<sup>22</sup> *Ibid.*, XII, p. 507.

dido en México.<sup>23</sup> Las hostilidades penetran ahora en el seno mismo de las familias, enfrentadas al dilema de apoyar o no las metas secularizadoras de los liberales (libertad de cultos y desamortización de bienes eclesiásticos). Para este autor, la promulgación de una legislación atentatoria del *status* propietario eclesiástico y de la exclusividad católica es lo peor que podía suceder en una sociedad como la mexicana, cohesionada más que nada por su confesión religiosa. Entonces se desata la más persistente violencia registrada en un país caracterizado ya en sí por el conflicto permanente. Avisos de esta “guerra religiosa” se dieron en 1842, cuando un efímero Congreso Constituyente había contemplado la posibilidad de decretar la libertad de cultos,<sup>24</sup> así como en la guerra contra Estados Unidos (1846-1847), en que se tomaron medidas respecto de los bienes del clero.<sup>25</sup>

Para efectos de la presente indagación sobre la aportación sociológica de Zamacois, los periodos decisivos son el segundo y el tercero. Todo este tiempo se caracteriza por un cuestionamiento constante de la Constitución y posteriormente, como en secuencia lógica, de la primacía de los principios católicos. El historiador español reconoce una especie de ley social vigente en todo este proceso: el desgaste inmediato de los lazos sociales por el debilitamiento del consenso religioso, último en romperse antes de que prive la anarquía total. Episodios notables de la historia de su propio país natal son esgrimidos por el vasco para sustentar esta tesis, como la firma del convenio de Vergara y el de alfonsinos con carlistas para poner fin a sus pugnas en 1875, acuerdos que, según Zamacois, sólo pudieron lograrse porque no incorporaban cuestiones religiosas y sí la conformidad sobre la dinastía reinante.<sup>26</sup> La gran conclusión es que no se deben cuestionar los prejuicios religiosos de una sociedad, sobre todo si no se puede demostrar que éstos la hacen peligrar.<sup>27</sup>

Expuesto lo anterior podemos regresar a la descripción del carácter y de las peculiaridades sociales de México, intercalada con frecuencia en el relato histórico presentado. Al proceder así, el vasco devela paulatinamente la situación de la sociedad mexicana y contrapone ésta a lo que ocurre en la política, con lo cual da ejemplo de esa sociología de la entidad completa ya mencionada en la introducción de este libro.

<sup>23</sup> *Ibid.*, xiv, p. 302.

<sup>24</sup> *Ibid.*, xii, p. 284. Sobre lo sucedido en este Congreso puede consultarse, de Cecilia Noriega Elío, *El Constituyente de 1842*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1986.

<sup>25</sup> Zamacois, *Historia de Méjico*, xii, p. 636-637.

<sup>26</sup> *Ibid.*, xvi, p. 749.

<sup>27</sup> *Ibid.*, xiii, p. 567.

Todo esto nos da nueva materia para afinar la percepción social de Zamacois.

Podemos empezar por algo que el lector ya sabe. En la *Historia* de Zamacois se habla de dos principios de sociabilidad efectivos de gran alcance entre los mexicanos: la profesión del catolicismo y el sentimiento patriótico. Veamos qué elementos nos brinda en apoyo a las afirmaciones respectivas.

Zamacois considera que la profesión de fe católica por los mismos liberales exaltados demuestra que al momento de tener lugar la reforma “la unidad religiosa era compacta en todo el país”.<sup>28</sup> También esgrime como evidencia de esta verdad el hecho de que muchos empleados públicos prefirieron la pérdida de sus cargos a jurar la Constitución liberal de 1857, no obstante que entre ellos abundaban personas de criterio liberal.<sup>29</sup> Pero el ejemplo más elocuente de la actuación reconciliadora y unificadora de la fe católica lo encuentra en el benéfico papel desempeñado por el clero en la guerra de castas de Yucatán, ocurrida a mediados de siglo.<sup>30</sup> El poder vinculante del catolicismo revela su importancia definitiva si se toma en cuenta que ha sido el único medio de evitar la hostilidad declarada e irreversible del indio contra el blanco y el mestizo.

En cuanto al impulso patriótico, el vasco juzga que no existe situación más irónica que el típico comportamiento mexicano de estarse achacando mutuamente los unos a los otros una supuesta actitud traicionera. Personajes como Iturbide, Guerrero, Bustamante (Anastasio), Alamán, Comonfort, Juárez, Ocampo, Miramón, Zuloaga, Almonte, etcétera, han sido sucesivamente acusados de traidores, sin que ninguno de ellos lo haya sido realmente.<sup>31</sup> El historiador formula incluso un juicio favorable a la actuación mexicana durante la guerra con Estados Unidos, debido a la decisión de luchar hasta lo último.<sup>32</sup> Dos hechos habitualmente silenciados demuestran, según Zamacois, lo absurdo de la idea de un talante de traición constante entre los mexicanos. Por una parte, la circunstancia de que los propios bandos políticos no creen en esa acusación cuando la dirigen a sus adversarios, de lo que ha resulta-

<sup>28</sup> *Ibid.*, xiv, p. 324. Domenech mencionaba ese mismo hecho para concluir lo contrario: la confesión general de fe católica no evitaba el faccionalismo político.

<sup>29</sup> *Ibid.*, xiv, p. 521.

<sup>30</sup> *Ibid.*, xv, p. 686. Actuación clerical también muy elogiada por Fossey, como vemos en su apartado.

<sup>31</sup> *Ibid.*, xvi, p. 199-200.

<sup>32</sup> La extensión y el detalle concedidos por Zamacois a este episodio bélico en los volúmenes xii y xiii de su escrito me los explico perfectamente por su intención de lavar la mala imagen de México surgida por esa derrota. Quizá ninguna otra obra histórica de índole general del siglo xix incluye un relato tan amplio de todo este episodio como la de Zamacois.

do que el pueblo ya no la toma en serio.<sup>33</sup> Por otra parte, la orientación particularista del sentimiento patriótico, esto es, referida a la defensa de la propia entidad federativa, que ha repercutido en la falta de esfuerzo coordinado en sucesos como la guerra de 1847.<sup>34</sup> Tal circunstancia no debe ser equiparada a la ausencia de patriotismo en absoluto.

Expuesto lo anterior, indaguemos la percepción de este autor sobre la estructura social mexicana. Mencionemos para empezar lo relativo a dos grupos que Zamacois señala como no pertenecientes a la población mexicana propiamente dicha: los indios y los léperos.<sup>35</sup>

Los indios: corresponden a lo que en España son los leñadores, carboneros, pastores y peones ínfimos en labranza. Son gente tosca y sin instrucción.<sup>36</sup>

Los léperos: equivalen a los gitanos de otros países.

El núcleo de la población mexicana se compone en cambio de la clase media, que el español califica de altamente ilustrada, deferente y atenta. Además de esta clase, Zamacois menciona otras tres con sus respectivos atributos:

Clase artesana: a la altura de la correspondiente europea en cuanto a su ilustración.

Clase de los rancheros o labradores: gente robusta, honrada, digna y patriota.<sup>37</sup>

La alta o “fina” sociedad: muy educada, excelente en su trato.

Constatamos aquí un criterio de estructuración social no tan relacionado con la posición socioeconómica como con la actividad laboral, la instrucción y las maneras. Estas últimas, por cierto, no aparecen evaluadas según la vara del propio país, como en Mühlenpfordt o Fossey; para Zamacois constituyen una especie de expresión de la índole noble de los mexicanos. También en contraste con autores previos, éste no

<sup>33</sup> *Ibid.*, xvi, p. 200.

<sup>34</sup> *Ibid.*, xii, p. 536-537. Sin embargo, Zamacois aclara que los estados de Guanajuato, Jalisco, Aguascalientes, Michoacán y San Luis Potosí sí dieron apoyo por entonces al gobierno general.

<sup>35</sup> *Ibid.*, xv, p. 683 y s.

<sup>36</sup> En *El mendigo* atribuye su atraso a la falta de población blanca con que convivan y de maestros que los eduquen (ii, p. 75). También en esa obra hay un pasaje que revela otro criterio para distinguir a los indios del resto de la población: los indios viven en pueblos, mientras que los “mexicanos” en villas y ciudades. *Ibid.*, ii, p. 71.

<sup>37</sup> En *El mendigo*, ii, p. 19, define al ranchero como el hombre rico del campo.

incorpora en la clasificación de población mencionada conceptos de índole racial.<sup>38</sup> El vasco remata este cuadro social con la aseveración de que en la práctica de la medicina, la minería, el derecho, las artes y la música, además de otros ramos, la sociedad mexicana ha hecho tantos progresos como las otras,<sup>39</sup> y por lo que toca a la tolerancia religiosa, este país la prodiga en mayor grado que los demás.<sup>40</sup> Los mismos gobiernos conservadores no han hecho nada en contra de los extranjeros no católicos: ingleses, rusos, alemanes y demás forasteros han podido vivir en paz en México, al grado de abrir sus tiendas en domingo sin que nadie los moleste. El vasco concluye que no existe sociedad menos fanática que la mexicana.<sup>41</sup>

La trayectoria social mexicana aparece muy ligada a la suerte de la clase media, aquella que Zamacois más aprecia. Sin embargo, su idea central es que la situación de este estrato básico ha empeorado con los continuos conflictos del país.<sup>42</sup> La desamortización de los bienes eclesiásticos por los liberales ha sido una de las causas principales de la decadencia de esta clase.<sup>43</sup> Los sectores medios urbanos, junto con los artesanales, eran los principales arrendatarios de los bienes del clero, que no solía exigir en pago más del 5 % anual del valor de las fincas. Asimismo se beneficiaban de préstamos (censos) con un rédito del 5 % anual y prorrogables al gusto del deudor en caso de cubrir puntualmente sus pagos. En caso de problemas, asegura, el clero no echaba a nadie a la calle ni dejaba a las personas en la miseria cuando no cumplían las condiciones del contrato.<sup>44</sup> Las medidas liberales privaron a esta clase media de ese importante soporte económico.

Tocada la cuestión de los efectos sociales de la desamortización, cabe abundar en otras consecuencias de la misma. Zamacois asegura que la medida también resultó funesta para sectores como el de los

<sup>38</sup> Ni siquiera en su definición del indio, como se ve.

<sup>39</sup> No sería exagerado decir que el vasco considera a México en vías de convertirse en país de clase media.

<sup>40</sup> Zamacois, *Historia de Méjico*, xv, p. 685.

<sup>41</sup> Recuérdese que no incluye a los indios en la sociedad propiamente mexicana; de lo contrario sus juicios podrían haber sido distintos.

<sup>42</sup> Zamacois, *Historia de Méjico*, xv, p. 24-25.

<sup>43</sup> *Ibid.*, xv, p. 280 y 281. Por el tipo de ocupaciones de la población afectada mencionadas en estas páginas se ve que ante todo se trata de clase media.

<sup>44</sup> Costeloe, en su libro *Church wealth in Mexico. A study of the "Juzgado de Capellanías" in the archbishopric of Mexico, 1800-1856*, Cambridge, Cambridge University Press, 1967, p. 85, confirma que los préstamos personales de la Iglesia en esos años significaban un servicio indispensable y que el monopolio clerical del crédito no implicaba en general ningún abuso. Sólo los conventos, colegios y cofradías imponían condiciones más duras (*ibid.*, p. 80 y 81), lo que ya habíamos visto, por cierto, al tratar de Mühlenpfordt.

artesanos y artistas de temas religiosos. Estos últimos, tras una marcada decadencia del oficio desde el advenimiento de la independencia, se habían recuperado en cierta medida gracias al apoyo proporcionado por Santa Anna a la Academia de San Carlos.<sup>45</sup> Pero más que nada era la Iglesia la que proporcionaba constante empleo a todo ese sector laboral. Desprovista de sus recursos, la institución no fue capaz de dar más trabajo a los artistas y a los artesanos, que resintieron terriblemente ese desamparo. Basado en un escrito de José Julián Tornel,<sup>46</sup> Zamacois sostiene que el número de personas económicamente dependientes del clero (por necesidades de culto y de otro tipo) ascendía a 40 169, las que se vieron postergadas en favor de unos 9 000 beneficiados por la desamortización de bienes eclesiásticos. Los ramos productivos más afectados por esta medida fueron los de la cera, el vino, el aceite y los ornamentos, cuyo monto anual era de 1 020 250 pesos.<sup>47</sup>

Procesos como los mencionados revelan a Zamacois que la sociedad mexicana experimenta la avanzada de un espíritu cada vez más orientado al lucro y a la especulación. Prueba de tal transformación, además del aniquilamiento de las viejas formas del blando crédito eclesiástico, fue la abolición por Juárez de las leyes prohibitivas del “mutuo usurario”, lo que significó eliminar los últimos obstáculos al libre acuerdo entre contratantes sobre las tasas de interés en la concertación de créditos.<sup>48</sup> Tal cambio de mentalidad operó en contra de las antiguas virtudes sociales reconocidas: la piedad, la filantropía y la hospitalidad.<sup>49</sup> En otro pasaje,<sup>50</sup> Zamacois había señalado ya el nuevo *ethos* económico impulsado por los comerciantes extranjeros, quienes no mostraron recato, por ejemplo, en declarar un mayor número de mercancías de las verdaderas cuando los invasores estadounidenses decidieron liberalizar el comercio, con daño hacendístico para México. Todo esto apunta a una auténtica revolución moral ocurrida hacia mediados de siglo. Ahí tenemos, por ejemplo, el abandono de viejos hábitos caritativos, como los de Gregorio Mier y Terán, aquel millonario generoso que durante los casos de desastre o invasión otorgaba considerables préstamos a instituciones públicas para beneficio del pueblo.<sup>51</sup>

<sup>45</sup> En 1844 el general concedió a este establecimiento la administración de la lotería, Zamacois, *Historia de Méjico*, xv, p. 537.

<sup>46</sup> Los *Apuntamientos sobre derecho público eclesiástico*, citado en *ibid.*, xv, p. 279.

<sup>47</sup> *Ibid.*, xv, p. 285-286.

<sup>48</sup> *Ibid.*, xv, p. 635. Esto tuvo lugar en marzo de 1861.

<sup>49</sup> *Ibid.*, xv, p. 654.

<sup>50</sup> *Ibid.*, xiii, p. 219.

<sup>51</sup> *Ibid.*, xiii, p. 371. Zamacois también menciona la renuencia de Mier y Terán a entregar los apoyos materiales exigidos por los invasores estadounidenses en 1847, así como su cesión

Ahora bien, si en su visión descolla el declive del viejo espíritu de compasión y caridad, preciso es decir que Zamacois también percibe algunas realidades nuevas de signo apreciable. No le pasa inadvertida la aparición de literatos, artistas y científicos jóvenes, agrupados en asociaciones como la Academia de San Juan de Letrán y entregados al avance intelectual de su sociedad. Publicaciones como *El Museo Mejicano*, *El Liceo* y *El Ateneo*, entre otras, recogen los frutos de estos afanes.<sup>52</sup> Los avances en las letras y las ciencias también se han ido generalizando en diversas ciudades del interior, gracias a la formación espontánea de academias y sociedades del mismo estilo.<sup>53</sup> Zamacois confirma así la tendencia social a la profesionalización del quehacer intelectual y cultural ya registrada por Domenech.

En esta sociedad que transita de viejas estructuras a otras nuevas no faltan cataclismos económicos más allá de los originados en la desamortización. El texto de Zamacois nos permite enterarnos de la existencia de dos momentos críticos para el comercio en México, por lo menos en la capital. El primero es el de la crisis ocasionada por la excesiva y defectuosa acuñación de moneda de cobre en 1841, poco antes de que el gobierno mandara recogerla y reacuñarla.<sup>54</sup> El segundo comprende las notables quiebras ocurridas en 1851, cuando la paralización comercial fue casi total, con gran escasez de numerario, disminución de ingresos públicos y reducción de la oferta de trabajo.<sup>55</sup> Zamacois no aventura explicación detallada sobre la incidencia de estas crisis en esos años. Sin embargo, estudios de historia económica recientes sugieren que se trata de momentos en los que importantes consorcios financieros asentados en la capital enfrentaron las consecuencias de haberse excedido en su

de terrenos a los mexicanos que tras esa guerra habían quedado del lado anglosajón. Por mi parte puedo añadir un testimonio periodístico de que Mier refaccionaba financieramente a la Casa de Moneda de México sin cobrar rédito alguno (*El Siglo Diez y Nueve*, 9.11.1841). Barbara Tenenbaum, en "Mexican money market and the internal debt, 1821-1855", en *La deuda pública en América Latina en perspectiva histórica* (coordinación Reinhard Liehr, Frankfurt a. Main/Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 1995, p. 275), menciona igualmente otro préstamo de Mier al gobierno sin interés. En *El mendigo* (I, p. 32) Zamacois también rememora al acaudalado español Juan José de Ache, quien costeó los gastos del festejo de la entrada de Iturbide a la capital en 1821 (20 000 pesos) sin cobrar intereses.

<sup>52</sup> Zamacois, *Historia de Méjico*, XIII, p. 340-341. Una constatación que recuerda la de Domenech en torno a los sabios patriotas que dignifican a la sociedad mexicana.

<sup>53</sup> Zamacois menciona a representantes destacados de la ciencia médica en México. Estas informaciones matizan los asertos de Fossey y Richthofen en el sentido de que hacia mediados de siglo la capital concentraba el saber y la cultura. Éstos también ganaban fuerza en la provincia, si bien a un ritmo más lento. *Ibid.*, XVII, p. 1032.

<sup>54</sup> *Ibid.*, XII, p. 247-251. Al respecto nos dice también el multicitado Rivero (*Méjico en 1842*, p. 259) que esa crisis de la moneda de cobre ocasionó que el dinero se retirara del mercado y el interés con hipoteca de base subiera a 1.5 o 2 % mensual.

<sup>55</sup> Zamacois, *Historia de Méjico*, XIII, p. 501-502.

otorgamiento de préstamos.<sup>56</sup> De cualquier manera, se trata de crisis aún no desentrañadas del todo por los historiadores.

Otra cuestión económica relevante mencionada por Zamacois es la relativa al régimen industrial proteccionista, que juzga provechoso, puesto que ha dado sustento a millares de personas.<sup>57</sup> Sin embargo, este desarrollo industrial no ha podido evitar el agravamiento de la situación en general. Particularmente resalta este autor los ingentes obstáculos que la proliferación de bandoleros ha significado para el comercio.<sup>58</sup> No obstante, también parece tener que ver en esto la estima de que aún goza el dinero en metálico, en desmedro de cualquier otro medio de cambio general. Interesante es esta anécdota que cuenta el vasco:

No hace siete años aún [hacia 1871-1872] que, estando en Méjico en una platería de la calle de la Merced, vi a una infeliz india llevar en un costalito monedas antiquísimas desde los primeros tiempos de la conquista, para venderlas por plata vieja. Era una cantidad regular que la fortuna le deparó excavando una parte de su huerta. El platero le compró la plata a razón del peso que tenía y ganó bastante en aquel cambio, pues la moneda vieja tenía una gran parte de ley de oro.<sup>59</sup>

Esta historia no sólo ratifica la costumbre antigua del “entierro” de dinero, sino la de cifrar todavía la máxima ganancia en la acumulación de metal precioso cuando países como la Gran Bretaña y Estados Unidos generalizaban el uso del billete y del papel moneda.<sup>60</sup> Asimismo, Zamacois alude en un pasaje a la proliferación de monedas de diverso tipo y ley, fenómeno surgido en el periodo colonial aunque agravado por los conflictos bélicos y la paralización comercial de mediados del

<sup>56</sup> Así, el ya citado libro de Walker sobre la familia Martínez del Río, p. 151, 152, 275 y 276, al igual que el de Barbara A. Tenenbaum, *México en la época de los agiotistas, 1821-1857*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 123.

<sup>57</sup> Zamacois, *Historia de Méjico*, xii, p. 257-258. En esta apreciación favorable también puede influir el claro aprecio de Zamacois por Alamán, el gran impulsor de la industria nacional.

<sup>58</sup> Pues piensa que “los caminos son para el cuerpo social lo que las arterias para el cuerpo humano”, *ibid.*, xii, p. 411-412. Zamacois confirma, por cierto, la importancia atribuida por Sartorius a las ciudades en el giro de mercancías al interior del país. Destaca cuatro casos: 1) México, con extensa articulación al interior y exterior; 2) Guadalajara, que abastece a Colima, Manzanillo y Mazatlán; 3) Zacatecas, que se abastece en Matamoros y a veces en Guadalajara y San Luis Potosí; 4) San Luis Potosí, que se abastece en Tampico y provee a Pachuca y Guanajuato. *Cfr. ibid.*, xvii, p. 93.

<sup>59</sup> *Ibid.*, xiv, p. 400-401.

<sup>60</sup> En México, según el viajero estadounidense Albert M. Gilliam (*Viajes por México durante los años 1843 y 1844*, México, Conaculta, 1996, p. 187), el dinero es aún atesorado en las casas y nunca queda sujeto a préstamo con interés. También asegura que, para esconder el metal precioso, la gente convierte en barras sus monedas.



siglo XIX.<sup>61</sup> El agravamiento de esta situación se expresa, por ejemplo, en el interés de ciertos prestamistas en recibir en moneda de plata de cuño mexicano (la de la ceca capitalina) el pago de los dos millones de pesos entregados al gobierno en 1846.<sup>62</sup> Con tales antecedentes, es imposible sorprenderse ante el estrepitoso fracaso de Juan N. Almonte en su intento de hacer circular 50 000 pesos en billetes de banco en Veracruz al comienzo de la intervención francesa.<sup>63</sup>

Al tratar de las obras de Fossey y Domenech resultó imprescindible hablar de la importancia social del ejército, así como de la cuestión de la criminalidad y la beneficencia. También Zamacois incorpora referencias al respecto en su *Historia*, que no podemos ignorar.

Como la generalidad de los observadores extranjeros, el vasco tiene en alto la entrega del soldado de tropa, contrapunto notable de la franca ineptitud de muchos oficiales. Lo que no todos esos comentaristas señalan, a diferencia de este español, son los efectos precisos de la leva o el reclutamiento forzoso, tan frecuente entonces en la vida social del país:

Es sensible que no se haya planteado por los gobiernos de México un sistema de reclutamiento de acuerdo con las instituciones que rigen aquella república y aceptable a todas las clases de la sociedad. La manera con que hasta ahora se ha obrado para tener ejército es verdaderamente opuesta a todas las constituciones que se han dado al país; altamente contraria a la igualdad de los derechos entre los ciudadanos de una misma república, y sumamente opresiva para la raza india [...] Es sensible ver que únicamente a los indios se les obligue a ser soldados, cuando la Constitución no establece diferencias entre ellos y la raza blanca.<sup>64</sup>

Pero el daño no sólo consiste en la injusta distribución entre las clases de un servicio patriótico, sino en los prejuicios que todo esto aca-

<sup>61</sup> En la era colonial esta diversidad de tipos monetarios surgió como reacción al monopolio acuñador de la Casa de Moneda capitalina. Para evitar la total absorción del metal por el comercio trasatlántico, se dejó circular la plata no amonedada ("platas en pasta") en zonas de mineral. En el siglo XIX, esta diversidad se agravó por la existencia de cecas provinciales —además de la capitalina— que producían moneda de características y valor diferentes. Sobre esto puede verse: Pedro Pérez Herrero, *Plata y libranzas. La articulación comercial del México borbónico*, México, El Colegio de México, 1988, p. 113-157.

<sup>62</sup> Zamacois, *Historia de Méjico*, XII, p. 518. Sobre la relación entre gobierno y financieros por entonces, Tenenbaum, *op. cit.*, p. 66-139. En su novela *El mendigo*, Zamacois resalta también el problema de la frecuente falsificación de moneda, que en su relato corre a cargo de negociantes extranjeros.

<sup>63</sup> Zamacois, *Historia de Méjico*, XVI, p. 238-239. Desde el fracaso del Banco Nacional de Amortización de la Moneda de Cobre (1837-1841), el expediente de crear un banco de Estado quedó desprestigiado para casi todo el resto del siglo XIX.

<sup>64</sup> *Ibid.*, XII, p. 125.

rrea a la economía nacional. Con sólo saber que en las inmediaciones de sus poblados merodea alguna tropa, los indios se aprestan a huir al monte y a abandonar sus cultivos. De esta manera, “puede asegurarse que para hacerse el gobierno del número de soldados que necesita, han desaparecido triplicada cifra de indios”.<sup>65</sup> Si por otra parte se toma en cuenta que la agobiada clase media mexicana ha logrado para entonces mantener su nivel gracias a la baratura de las producciones indígenas,<sup>66</sup> entonces podemos imaginarnos el daño económico que esta forma de reclutamiento bárbaro provocó a México hasta 1867, cuando todavía se ponía en práctica.<sup>67</sup>

Por lo que toca a la criminalidad, Zamacois sostiene que en México no es mayor que en el resto de los países.<sup>68</sup> En este punto intenta convencer al lector mediante el recurso a la tesis climática, con lo que irónicamente da lugar a conclusiones exactamente contrarias a las deseadas. Arguye el buen vasco que el clima benévolo de México libera a la clase pobre de las exigencias del largo invierno en otras partes. Esta bondad climática, junto con el carácter dulce de la población, determina que pocos se sientan atraídos al robo. No obstante, en el país se registra un buen número de atracos, ello se debe fundamentalmente a la escasa vigilancia de los caminos y no a la necesidad o inclinación natural.

¿Por qué es defectuosa esta argumentación? Su doble filo me parece evidente. Si la alta incidencia de ataques de bandoleros en los caminos no es por el clima, entonces sólo puede tratarse de un mal moral o cultural, lo que resulta más condenable que si el hecho se relacionara de alguna manera con instintos o poderosos impulsos naturales. A diferencia de Fossey, Zamacois no plantea correctamente la cuestión de la impronta geográfica en el hombre. Este mal resultado del argumento climático confirma que la única manera de postularlo consiste en asumir esa influencia en los rasgos negativos, defectuosos, del comportamiento humano, no en los apreciables, que siempre implican superación de los instintos y las inclinaciones naturales espontáneas.

Otro pasaje de la *Historia* ofrece una explicación más matizada y creíble del alto índice de criminalidad en los caminos de México. Zamacois se olvida ahora de las causas climáticas y señala la erosión de la creencia

<sup>65</sup> *Ibid.*, xii, p. 127.

<sup>66</sup> *Ibid.*, xv, p. 24-25.

<sup>67</sup> Según Zamacois, el año en que más patente se hizo el deplorable impacto económico del miedo a la leva fue a finales de 1862, cuando la prensa no atinaba a explicarse la notoria falta de provisiones de la capital en las vísperas del inminente ataque francés. El vasco asegura que la causa no era otra que las levatas. *Ibid.*, xvi, p. 287.

<sup>68</sup> *Ibid.*, xiii, p. 448-449.

religiosa, consecuencia del espíritu de los nuevos tiempos.<sup>69</sup> Argumenta que lo notable es que en México no ocurran más actos de criminalidad, circunstancia que esgrime como una prueba de la benéfica influencia del clero en las costumbres. Pero de cualquier manera reconoce que a raíz de la “guerra religiosa” desencadenada en 1857 los bandoleros ya no muestran la antigua consideración a los ministros religiosos durante sus asaltos, además de que ha aumentado el secuestro de personas. Esta cara de la vida mexicana, como tantas otras, consigna muy elocuentemente el proceso general de degeneración de la vida pública.

Respecto del espíritu de beneficencia entre los mexicanos, el lector adivinará ya que Zamacois no comparte las críticas externadas por Domenech. El vasco señala la llegada de las hermanas de la orden de San Vicente de Paul en 1844, acontecimiento verificado bajo el patrocinio de la condesa de la Cortina.<sup>70</sup> Este dato, junto con el ya referido sobre los ricos caritativos y los continuos elogios a los afanes humanizadores del clero,<sup>71</sup> nos dan la clave para entender cómo entiende Zamacois la práctica de la caridad entre los mexicanos. Ante todo se trata de una caridad ejercida por las clases medias y privilegiadas que se transmite al resto de la sociedad. El vasco no concuerda así con Domenech sobre la supuesta falta de solidaridad suprafamiliar entre los mexicanos. De ello exceptúa, por lo menos, a las clases educadas. Pero también recuerda que durante la guerra contra Estados Unidos no faltó ocasión de ver cómo el pueblo mexicano ayudaba a los desertores irlandeses presos, horriblemente maltratados por el alto mando de su ejército; de manera parecida, en 1850, año del cólera, se vieron escenas de caridad conmovedoras en la capital.<sup>72</sup> Las clases populares asimilan, pues, el ejemplo que reciben de las prósperas en todo esto. No nos sorprenda, por tanto, su condena de quienes en 1846 quisieron desatar una guerra de clases en México durante el conflicto bélico y de la prensa exaltadora del odio de clases a comienzos de la década 1850-1860.<sup>73</sup>

<sup>69</sup> *Ibid.*, xvii, p. 597-600. También en *El mendigo* (I, p. 18) se refiere a la pérdida de las ideas de religión, caridad y amor, tan tenidas en alto en fechas previas. La era actual, asegura, es de egoísmo refinado, arreligiosidad y espíritu revolucionario. La novela se sitúa entre 1845 y 1848.

<sup>70</sup> Zamacois, *Historia de México*, xii, p. 343.

<sup>71</sup> Una y otra vez desmiente las aseveraciones de autores extranjeros —sobre todo de Domenech— sobre la inmoralidad del clero mexicano y proclama la integridad de los jerarcas y curas en general.

<sup>72</sup> *Ibid.*, xiii, p. 48, 49 y 377, respectivamente.

<sup>73</sup> *Ibid.*, xii, p. 534 y xiv, p. 46. En *El mendigo* hay una breve disquisición sobre la necesaria complementariedad de los hombres creativos y los provistos de dinero o poder, quienes muchas veces han promovido a los primeros. No hay razón, por tanto, para halagar al pueblo infundiéndole el odio de clases (ii, p. 70).

A manera de recapitulación del cuadro social referido, concluyo que para Zamacois la mexicana es una sociedad amenazada de perder el viejo espíritu de caridad católica para dejarse llevar por otro, marcado por la irreligiosidad y disgregación moral. Renuente a cifrar la clave del orden social en la disciplina industrial, el español asume que la obediencia al clero y a los estratos privilegiados es todavía fundamental para apuntalar dicho orden. Una economía desprovista de la solicitud maternal de la Iglesia sólo profundizará las injusticias y desavenencias sociales. Aunque Zamacois no está en contra de los principios liberales como tales, sí se rebela contra su implantación forzada a costa del sentimiento religioso popular y del magisterio eclesiástico.

Sin duda, el talante de Zamacois al describir la situación social de México es de franca nostalgia. A nadie puede pasar desapercibido su énfasis en el abandono de los principios de sociabilidad heredados de la colonia (caridad, filantropía, respeto a la jerarquía social), que son los que encarnan sus propios valores personales.<sup>74</sup> Esta orientación, en la que se combinan en forma muy equilibrada la aproximación analítica y la sintética, pone a Zamacois en un claro contraste con Fossey, cuyo conservadurismo no le impidió hacerse una cierta idea del rumbo futuro de México. El hecho es explicable, creo, porque el español es ante todo historiador y se concentra principalmente en explicar lo sucedido. Entre los autores que escriben sobre épocas revolucionarias o de cambio profundo existen los que se concentran más en el cambio y los que subrayan lo perdido,<sup>75</sup> y en este sentido el perfil de Zamacois corresponde al segundo tipo. No quiero decir que el vasco suponga que inclinaciones sociales tan arraigadas como el apego al catolicismo, el gravitar en torno a la familia y demás rasgos vayan a desaparecer de México. Sí me parece evidente, sin embargo, que no tiene muy claro hacia dónde evolucionará la sociedad mexicana.

Para explicar con más detalle el punto tengo que remitirme a una reflexión central de Zamacois formulada hacia el término de su *Historia*, relacionada con la difícil relación de México con las grandes poten-

<sup>74</sup> Por cierto, Zamacois no parece contemplar que esta pérdida de valores puede estar también relacionada con la disminución de la importancia económica de la Iglesia para las clases altas, a las que ya no sirve como medio de preservación de la propiedad. Sobre esto, Brantz Mayer, *México, lo que fue y lo que es*, p. 426.

<sup>75</sup> Este contraste estaría particularmente bien representado en el caso de la guerra civil inglesa (1641-1660), con autores como James Harrington y el conde de Clarendon. El primero resaltó el nuevo sistema de propiedad que se imponía con esa crisis; el segundo destacó la pérdida de valores y de sentido de jerarquía social acarreada por ella.

cias. Atendamos a este pasaje revelador de una de las conclusiones básicas de este historiador:

Los mexicanos, aleccionados por los terribles y costosos desengaños que han recibido de las demás naciones que han abusado de su buena fe y luego de la debilidad a que les habían conducido sus continuas luchas civiles, deben guardar con ellas todas las atenciones debidas, pero jamás confiar demasiado en sus promesas, ni en sus protestas de simpatía.<sup>76</sup>

Más adelante, Zamacois aclara ejemplos de estos abusos de la buena fe mexicana, como han sido la colonización angloamericana de Texas y posteriormente la empresa de la intervención francesa.

La conclusión se refiere, pues, a que los mexicanos deben ya aprender la lección de que poner grandes esperanzas en la ayuda del exterior es contraproducente y sólo agrava los propios problemas. Detrás de esta advertencia late de manera implícita el cuestionamiento sobre los frutos traídos al país por la independencia. Que Zamacois plantee así las cosas es muy natural, y esto por dos razones: la primera, porque este autor es español y no puede evitar interesarse por la suerte de la antigua colonia separada de su patria; la segunda, por el hecho de que su modelo de narración histórica evidente, por lo menos para la época independiente, es la historia de Alamán,<sup>77</sup> quien se impuso la tarea de desmitificar el movimiento de independencia. En mi opinión, Zamacois también ha querido desmitificar algo muy concreto de la historia de México, y esto no es otra cosa que la común inclinación de los partidos a presentarse como defensores sin mácula del interés patriótico. Una y otra vez demuestra su *Historia* que en realidad tanto conservadores como liberales incurrieron en el error fatal de cifrar la salvación del país en el apoyo de los europeos o estadounidenses, lo que no significa, como he aclarado, que estas acciones le parezcan actos de traición. Sí estima, sin embargo, que la creencia en una ayuda desinteresada del exterior ha sido ingenua y de enormes costos para la sociedad mexicana.

De esta manera, la gran exhortación de Zamacois a los mexicanos es la de abandonar una ilusión colectiva que les ha hecho grave daño. La sociedad mexicana debe buscar su mejoramiento definitivo en su

<sup>76</sup> Zamacois, *Historia de Méjico*, xviii, p. 1754.

<sup>77</sup> La celeberrima *Historia de Méjico*, publicada en cinco volúmenes en México, por J. M. Lara, entre 1849 y 1852. Que Zamacois la toma como modelo se revela por su habitual concordancia con las conclusiones de Alamán, así como por la recurrencia con que lo cita. Sólo en la evaluación de la persona y las acciones del cura Hidalgo difiere considerablemente Zamacois de Alamán (Cfr. Zamacois, *Historia de Méjico*, vi, p. 275).

propia historia y sus virtudes. Esto nos explica por qué el vasco no define las tendencias sociales de México hacia el futuro: no conoce la forma precisa en que tendrá lugar la reconciliación social y la reivindicación del propio valer nacional. Una vez verificado esto, nos permite ver; la sociedad estará en condiciones de neutralizar a los intrigantes políticos y desenvolverse con su propia dinámica y creatividad.<sup>78</sup>

Los apartados previos podrían bastar para la presente reseña de observación y reflexión sociales en Zamacois. Sin embargo, no creo aconsejable olvidar sus aportes como literato, principalmente en sus descripciones costumbristas y su novelística. Sabido es que una de las características básicas de la curiosidad sociológica decimonónica es que a menudo estimuló la creación literaria y, en consecuencia, dio lugar a temas novelísticos. El siglo XIX fue el de autores como Balzac, Dickens, Thackeray, Pérez Galdós y demás maestros de la caracterización social, cuya difusión llegó a ser insólita. Vale la pena, por tanto, hacer una sucinta evaluación de los ensayos del vasco en este renglón, máxime si con Lucien Biart hemos constatado los alcances de una observación social desatada por motivos literarios.

En la elaboración del libro *Los mexicanos vistos por sí mismos*,<sup>79</sup> reseña detallada de los principales tipos sociales de México, Zamacois tuvo a su cargo la relación entre dos personajes populares: la casera y el criado. Tales descripciones completan la observación social incluida en su *Historia* y esclarecen algunas consideraciones ambiguas presentadas en ésta. Veamos por separado lo que cada una de ellas aporta.

En la narración de las cuitas y alegrías de la casera, Zamacois retoma en forma concretísima ese proceso de decadencia de la clase media mexicana ya mencionado. La descripción sirve al autor no sólo para referirse a la trayectoria y situación de una figura social concreta, sino para introducir al lector a un importante ámbito de la convivencia social mexicana: la vecindad. Tras de una humorosa reflexión sobre la eterna necesidad masculina de contar con un hogar, el vasco inicia su retrato de la casera en estos términos:

nuestra casera, después de haber brillado cual su educación requería, al lado de un bizarro oficial o digno empleado, pasa, muerto, retirado o jubilado su querido consorte, a una vida más precaria, visitando con

<sup>78</sup> En la certeza de que la sobrepolitización ha constituido un obstáculo fundamental al desarrollo social de México coincide plenamente con Domenech, pese a su desacuerdo con éste en tantas otras cuestiones.

<sup>79</sup> México, Imprenta de Murguía y Compañía, 1855.

frecuencia unas veces el Monte de Piedad y otras la comisaría, para conseguir una tercera parte, cuya cantidad no le es suficiente para gastar el lujo que antes gastara.<sup>80</sup>

Es entonces cuando esta mujer se ve obligada a buscarse algún medio de subsistencia que le permita salir adelante con una mínima decencia. De buena gana acepta que un conocido suyo la emplee como casera en una vecindad, a cambio de lo cual recibe alojamiento en un cuartucho húmedo y reducido dentro de la misma. Tras aclarar esto, Zamacois suelta la afirmación siguiente, que da información sobre la situación precisa de la clase media mexicana:

Todos saben, y los que no lo sabían lo sabrán ahora, que las casas que habita la gente media y pobre de Méjico son generalmente de vecindad; casas que cada una de ellas puede considerarse como un gran pueblo; divididas en porción de cuartos alrededor del patio, con su correspondiente numeración, que forma cada uno de ellos la habitación de las personas menos acomodadas.<sup>81</sup>

Constatamos, pues, que la clase media de Zamacois no vive como la burguesía decimonónica de tipo europeo, que si en algo se caracteriza es en vivir lejos de la clase trabajadora. Después de mencionar algunas escenas violentas que suelen darse entre los habitantes más humildes de estas vecindades mexicanas,<sup>82</sup> el autor procede a describir los tipos y las escenas de la clase media, que habita en las partes altas de la vecindad (en las “viviendas”), que constan de varios cuartos:

En estas viviendas habita la clase media, tan fina en sus modales como la más alta, y la más laboriosa de todas las que componen la sociedad.<sup>83</sup> Allí, al lado del empleado, del artista y del artesano,<sup>84</sup> vive el anciano ilimitado, limitado a una escasez sin límites, vistiendo una casaca de color enigmático de faldones de gallardete, largos y angostos como alma de vizcaíno, con el talle más arriba de la espalda y cuello

<sup>80</sup> *Los mexicanos pintados por sí mismos. Tipos y costumbres nacionales, por varios autores*, México, Símbolo, 1946, p. 231 y 232.

<sup>81</sup> *Ibid.*, p. 232.

<sup>82</sup> Se trata, en concreto, de las tortilleras y una anciana costurera de ropa de munición. Estas personas viven alrededor del patio.

<sup>83</sup> En su *Historia* se muestra de una opinión diferente, como veíamos, pues señala que dicha clase sobrevive en gran medida gracias a la baratura de los productos de los indígenas, esto es, del trabajo de éstos.

<sup>84</sup> También en esto habrá un cambio de percepción, puesto que posteriormente diferenciará al artesano de la clase media.

piramidal que, si no cubre la grasa de los hombros, sí tapa el pescuezo, queriendo asaltar continuamente el puesto perteneciente al sombrero, atacándolo bruscamente por el ala de retaguardia que, desordenada, blanda y llena de contusiones apenas puede mantener el orden de formación.<sup>85</sup>

Además de los tipos sociales referidos, también cuenta entre los habitantes clasemedieros de vecindad al cesante y al maestro de piano. En la casa de este último suele haber baile por suscripción cada semana, organizado por la esposa. Ahí concurren entonces otros personajes que igualmente son de esa clase media: dependientes de casas de comercio, oficinistas, dueños de sastrerías y militares, “gente toda de buen humor, de amena conversación y finos modales, que baila con perfección y que viste con bastante buen gusto”.<sup>86</sup> La atmósfera del baile es realmente agradable, y a la casera toca estar encargada de abrir el zaguán, situación que le acarrea recuerdos muy gratos:

La casera en estos momentos no se cambiaría por la más gran señora; aquel baile le trae a la memoria las ilusiones de su juventud, y le presta materia para hablar a las que están a su lado del baile que dieron al virrey Iturrigaray y en el que ella bailó un minué con el oidor H.; del otro que dieron al señor Iturbide cuando entró triunfante en Méjico, y en el que ella se vio obsequiada por lo más principal de la corte y por su difunto esposo que de Dios goce: allí se olvida de la comisaría y del Monte de Piedad, y aun se olvidaría de que es casera, si de vez en cuando no se acercara alguno a suplicarla que le abra el zaguán.<sup>87</sup>

Una vez más se trata de definir genéricamente a la clase media por el síntoma de la decadencia. Los tipos más representativos son los antiguos empleados de situación desahogada, militares y demás asalariados del Estado, quienes alcanzaron a ver el esplendor de la corte virreinal y la gloria de los primeros años de independencia. La nostalgia se ha convertido en el principal sentimiento de esta clase, más atendida que nunca a la caridad como forma de solidaridad social. A la casera le regala regularmente la esposa del pianista algunos bizcochos, queso y vino, además de las gratificaciones debidas por sus favores. Tan le parece vigente al católico Zamacois este principio de caridad e indulgencia en las relaciones humanas, que él mismo termina pidiéndolas al lector, si es que éste encuentra defectuosa su relación de personajes.

<sup>85</sup> *Los mexicanos pintados por sí mismos*, p. 236.

<sup>86</sup> *Ibid.*, p. 237.

<sup>87</sup> *Ibid.*, p. 238.



La descripción de Zamacois dedicada a la figura del criado en *Los mexicanos pintados por sí mismos* implica el reto de transmitir la mentalidad y las costumbres populares.<sup>88</sup> La narración le sirve también para presentarnos de manera muy sucinta los principales escalones de la jerarquía social mexicana, pues el criado se emplea tanto con gente modesta como encumbrada. Seguir a los empleadores del criado permite conocer la escala social en orden ascendente.

Trasladado a la ciudad de México desde su humilde lugar de nacimiento, el criado sirve primero en la casa de un comerciante, dueño de una vinatería, habituado a mezclar agua con el vino y a vender el producto en tales condiciones. Posteriormente, el criado se emplea en un hogar cuya presunción principal, según su propio decir,<sup>89</sup> consiste en disponer de coche. Se trata así de un hogar de clase media con pretensiones de alta, en el que el criado se desempeña vestido de calzoneras y chaqueta. Zamacois le pregunta:

¿Y qué tal te fue en tu nuevo destino? —¡Ay, señor mi amo, muy mal! Grandes espejos, ricas alfombras, lujosos muebles, dorados sofás, magnífico piano y gran coche, eso sí; pero con respecto a comida, poca y mala; de manera que me acordaba de un versito que su *mercé* puso en un calendario que decía:

Los elegantes del día  
son como el atole frío,  
llevan cadena a la polca  
Y el estómago vacío.<sup>90</sup>

El carrocero, la modista, el dueño de muebles y el del piano se presentaban regularmente a reclamar lo adeudado por la familia, por lo que el criado estaba obligado a realizar el encargo cotidiano de negarles la entrada. Una vez más se advierten alusiones claras a la difícil situación de la clase media mexicana, así como de la íntima percepción que los criados tienen de esa circunstancia. Comenta Zamacois, al cerrar esta etapa de la conversación con el criado: “—¡Ya voy viendo que los criados son la historia imparcial de la sociedad!<sup>91</sup>

Más adelante, el criado trabaja con una familia de hacendados y por ende en un hogar más acomodado, donde por fin se encuentra a

<sup>88</sup> La descripción del criado está en *Los mexicanos pintados por sí mismos*, p. 240-257.

<sup>89</sup> La descripción se basa en un supuesto diálogo del autor con su criado, que es el protagonista de la relación.

<sup>90</sup> *Los mexicanos pintados por sí mismos*, p. 253.

<sup>91</sup> *Ibid.*, p. 255.

gusto, aunque sólo sea por tiempo breve. El dueño parte con su familia de la capital hacia la hacienda, dada la enfermedad de su esposa, lo que para el criado significa tener que buscar otra colocación, que encuentra con unos extranjeros a los que fue recomendado por el hacendado. La convivencia con estos extranjeros no le resulta particularmente agradable. El criado experimenta un enojo continuo ante las frecuentes críticas de los patrones a los mexicanos, a su forma de ser y su religiosidad. Zamacois hace entonces dentro del diálogo con el criado un comentario que indudablemente le sale del corazón:

—Tuviste razón: que no hay cosa que indigne más que oír que ingratos extranjeros hablen mal de aquel país en que han labrado su fortuna, olvidándose de que ellos dan una prueba de inciviles y poco urbanos con expresarse así delante de las personas a quienes ofenden, y que les han recibido con afabilidad.<sup>92</sup>

Finalmente es el propio autor quien, según la escenificación del texto, interviene para que sepamos cuál es el último escalón social en México. Gracias a un recurso ingenioso,<sup>93</sup> el escritor concede el don de la contemplación social absoluta al criado, quien descubre así a un paisano suyo fungiendo como servidor de un ministro... ¡aquel que se encarga de negar la entrada a los solicitantes a su despacho! De esta manera, el criado sabe cuál es el más alto escalón social y, junto con éste, el de la hoja de servicios en su profesión. Concluye el autor asegurándonos que “el criado es la historia exacta, pero picaresca y mordaz de toda la sociedad”.<sup>94</sup>

Por lo que toca a su novela *El mendigo*, ésta vuelve a presentarnos temas sociales habituales en Zamacois, expuestos ya con anterioridad. Con todo, vale la pena recalcar su posición marcadamente crítica con los extranjeros que logran prosperar en México y al mismo tiempo desarrollan una actitud vil y prepotente para con sus habitantes. Personajes como Duval y el doctor Willey encarnan una actitud exclusivamente utilitaria y materialista, que Zamacois contrasta en forma aguda con la buena voluntad del mexicano y su sensibilidad privilegiada manifiesta en su gusto por las flores, su socorro caritativo a los sufrientes, etcétera. Los gérmenes de la corrupción social vienen por tanto de los residentes

<sup>92</sup> *Idem*. En todas sus obras, Zamacois repite su convicción de que los residentes extranjeros no tienen verdadero motivo para criticar a la sociedad mexicana, asumiéndose él mismo como ejemplo de forastero agradecido con el pueblo que lo acoge. En el agradecimiento cifra uno de los rasgos nobles de los españoles y sobre todo de los vizcaínos.

<sup>93</sup> El autor presta una casaca mágica al criado para que éste pueda ver, como él, los más oscuros secretos de la sociedad.

<sup>94</sup> *Los mexicanos pintados por sí mismos*, p. 257.

extranjeros, incapaces de entender las costumbres y los valores mexicanos.<sup>95</sup> Zamacois parece incluso convencido de que tras ese afectado desprecio por lo mexicano hay un fondo de envidia, la de quien no sabe apreciar el idealismo de la juventud, el lenguaje de las flores o la espontaneidad de las mujeres. Situada en la ciudad de México alrededor de 1847,<sup>96</sup> la novela está pensada para alimentar la convicción de que el secreto de la regeneración social está en la solidaridad caritativa y de que en la historia existe una acción reparadora permanente por parte de los hombres probos y honorables. Los historiadores, nos dice Zamacois, tienden lamentablemente a sólo registrar los nombres de quienes llegan al poder mediante la intriga.<sup>97</sup>

De esta manera quedan expuestas las ideas centrales de la observación social contenida en la citada novela de Zamacois. Si tuviera yo que sintetizar lo central de esta visión, sin duda recalcaría la convicción de que muchos males sociales de México no son exclusivamente atribuibles a los mexicanos, pues la actitud prepotente de los extranjeros<sup>98</sup> los ha reforzado en alto grado. Debo decir que, en lo personal, no me agrada mucho el aplomo del vasco al hacer este planteamiento, que se presta un tanto a conclusiones xenofóbicas. Sin embargo, al lector le queda ya claro que las prevenciones de Zamacois contra algunos residentes extranjeros en México tampoco son gratuitas. En Fossey habíamos encontrado afirmaciones en el mismo sentido, y no puedo dejar de remitir a los ya citados estudios sobre la actividad económica extranjera en el México del siglo xix. Esta desfavorable percepción del español respecto de los extranjeros tendría que ser, en todo caso, confrontada con la de autores como Domenech y Ratzel, quienes en contrapartida notaron los complejos psicológicos que impiden al mexicano una relación ecuánime con el extranjero. Que tales complejos han sido una realidad de peso en la historia social mexicana se demuestra por los estudios que autores como Samuel Ramos, Santiago Ramírez y Francisco González Pineda —autores mexicanos, por cierto— han dedicado a las patologías psicológicas concomitantes.

También en relación con lo anterior, me parece importante matizar el convencimiento de Zamacois de que la rivalidad comercial implicó el fomento de la hispanofobia en México por parte de los europeos no españoles. La hostilidad contra los españoles manifiesta en las décadas

<sup>95</sup> Estos extranjeros son sobre todo sajones.

<sup>96</sup> En la novela se narran acontecimientos históricos tan importantes como la conspiración proclerical de 1846 y las batallas de La Angostura y Cerro Gordo.

<sup>97</sup> Como la de las logias. *Cfr. El mendigo*, III, p. 6 y IV, p. 48.

<sup>98</sup> Los extranjeros a que se refiere, aclaro, proceden de países desarrollados interesados en una relación fundamentalmente económica con México.

de 1840-1860 no ha nacido de los mexicanos, asegura.<sup>99</sup> Además, preciso es reconocer aquí de nuevo que el español no ataca gratuitamente, puesto que es un hecho que desde 1821 existió una campaña de desprestigio contra el dominio colonial hispánico y la presencia española en el México independiente.<sup>100</sup> Sin embargo, tampoco sería del todo atinado negar la animadversión propia de los mexicanos hacia lo español, que no siempre se debió a propaganda movida por extranjeros.<sup>101</sup> Pese a su buena intención, o quizá justamente por ella, Zamacois no advierte que al descargar a los mexicanos de su responsabilidad en los crímenes cometidos contra los españoles los está tratando como menores de edad o gente desprovista de conciencia, atributo humano por excelencia. Al igual que con la explicación climática ya mencionada, basta un mínimo de reflexión para percatarse de que la tesis de la propaganda antiespañola no lo explica todo.

Expuesto todo lo anterior, sólo queda proceder con Zamacois de la misma manera que he hecho con los autores previos y precisar la lección sociológica que obtiene durante su estancia en México. En mi opinión, la lección sociológica en cuestión resulta indisociable de su sincera profesión de fe católica, que le inculca el principio de la dignidad de los pequeños. Su descripción de la figura del criado comienza precisamente con una divagación teológica chusca, aunque no superficial, que consiste en mostrarlo como el tipo humano que más ha resistido el proceso de degeneración humana universal desatado en la caída. Ya anteriormente habíamos visto cómo en su *Historia* Zamacois expresaba una excelente opinión de los rancheros y artesanos, a los que reconoce la virtud de la honestidad y la dignidad.

Así, el aprecio de Zamacois por la población trabajadora lo lleva a apuntar una contradicción palpable en todas las sociedades modernas, pero agudizada particularmente en México. Se trata de aquella que se constata entre el espíritu de trabajo y la ambición política, cuya conciliación parece uno de los principales enigmas de los tiempos actuales. Además de que la gente trabajadora suele ser víctima del chantaje polí-

<sup>99</sup> En boca de un personaje de *El mendigo*, I, p. 31, y en muchos pasajes de los tomos de su *Historia* relativos al periodo independiente.

<sup>100</sup> Hecho que Juan A. Ortega y Medina ha destacado tanto en sus escritos sobre viajeros anglosajones en el México independiente.

<sup>101</sup> Sobre las opresiones sociales y económicas practicadas por algunos españoles en el México del siglo XIX, véase Romana Falcón, "Descontento campesino e hispanofobia. La tierra caliente a mediados del siglo XIX", en *Historia Mexicana* 175, v. XLIV, n. 3. 1995, p. 461-498.

tico,<sup>102</sup> el impulso al trabajo se ve minado por la tentación de la política, y así es como México ha venido a dar el triste espectáculo de un país en el que los artesanos se inscriben en las logias para hacerse políticos, con lamentables pérdidas para las filas laborales.<sup>103</sup> La dinámica política moderna de intrigas y mezquindades impide que los sectores laborantes beneficien al todo social como podrían hacerlo si la política no interfiriera. No es la “empleomanía” lo que aquí se denuncia, sino el hecho más general de que actividades como el trabajo artesanal y el mismo ejercicio profesional suponen principios éticos inconciliables con la práctica política prevaleciente. Si Zamacois hubiera vivido para escribir la historia del México del siglo xx, sin duda habría criticado en forma categórica la incorporación obrera al partido oficial, politización que corrompe lo más sano de la sociedad. Si en el plano histórico el vasco creía en una Providencia siempre actuante,<sup>104</sup> en el sociológico afirmaba la función regeneradora del trabajo. Nada habría sugerido con tanto ardor, conforme a su vena liberal, como el establecimiento de controles que eviten las interferencias del poder en el ejercicio laboral.

<sup>102</sup> Ejemplos de esto se encuentran en Zamacois, *Historia de Méjico*, xv, p. 425-427 y 440, en que menciona cómo los inmigrantes españoles, deseosos de trabajar sin interferir en la política, se convierten en carnada de la propaganda de los partidos. En muchos otros pasajes de esa obra alude al hecho de que las intrigas políticas interfieren en la vida laboral.

<sup>103</sup> Cfr. Zamacois, *El mendigo*, iv, p. 48.

<sup>104</sup> Pues esa Providencia garantiza que durante las peores crisis no falten los individuos caritativos, capaces de reconfortar y hacer recapacitar a los demás. En mi opinión éste es el motivo central de *El mendigo*.